

SAUCE:

Y de esta tierra que habéis amado tanto sois como la consciencia formada en cal y canto.

(Dirigiéndose a la Estación):

tú eres linda emisaria y al par gentil vocero de aliados poderosos—el Vapor y el Acero— que arrastran por el mundo palacios ambulantes cargados de tesoros, como aquel Genio de antes que traía y llevaba la mansión de Aladino. Vuestras sendas lejanas, por azar peregrino, en un punto se tocan del espacio, y por eso os halláis frente a frente, Tradición y Progreso, en la paz de esta tierra donde crece la oliva. ¡Acatad llanamente los designios de arriba, sin juzgar sus razones ni indagar sus misterios! Afirmaad vuestra alianza, como entre dos imperios, y seréis—¿quién lo duda?—por virtud de este pacto como aquellas encinas del sacro bosque intacto, que el jugo de la tierra con sus raíces beben y con sus altos ramos al huracán se atreven.

CASA:

Pobre amigo, deliras. ¿No ves que te degüellas con tu propio cuchillo? Las encinas aquéllas, soberanas del bosque, fueron hechas esclavas por mandato despótico del progreso que alabas, y los ramos magníficos que el huracán batía llevan hoy sobre el cuello la trepidante vía por cuya faz circulan esos palacios y esas...

(Un pitazo lejano quiebra la voz de la Casa.)

¡El tren!

ESTACIÓN:

El tren de carga.

SAUCE:

¿Qué conduce?